

CLASE DIRIGENTE y DESARROLLO

Carlos Jiménez Gómez

Abogado

El siguiente es el texto de una conferencia dictada por su autor, en la ciudad De Medellín en el pasado mes de agosto, en Incolda.

Esta publicación en PÁGINAS. ..De la UCPR, es una invitación a la lectura

Pausada, pensando en Colombia. Lectura de los siguientes temas:

- 1- Clase Dirigente y su papel frente al desarrollo; y presencia de la Universidad en ese proceso;
- 2- Efectos más íntimamente perturbadores de la violencia colombiana en la personalidad individual y colectiva y en la vida institucional;
- 3- Porvenir de los grupos sociales como abanderados de una nueva democracia en Colombia.

Pero no queremos simplemente invitar a la lectura, queremos invitar a un CAMBIO, a un cambio que nos permita que esa "proposición condicional" que el autor coloca en la última parte de su exposición al referirse al vuelco que reclama el país, dice que dicho vuelco sería menos traumático, "...SI al frente de la Nación hay una gran clase dirigente digna de este país de mayorías, perspicaz., imaginativa, abnegada, valiente, equitativa, y, sobre todo, paradigmática, o sea, digna de ser imitada, con conciencia de su misión educativa, con sentido de pedagogía."

Suspendamos ese condicional y decidámonos por un cambio, para que bajo el imperio de unos valores auténticos, podamos decir que sí estamos y que sí somos esa clase dirigente.

El autor ha sido profesor universitario, ha ejercido su profesión y se desempeñó como Procurador General de la Nación en el periodo 1982 -1986

Fuera mi deseo tratar de suscitar su interés en tomo a unos cuantos lugares y a otros que no lo son tanto, lo que hago pensando en que no está de más repetir ciertas cosas ya sabidas, no para posar de original de última hora ni para querer aparecer descubriendo nada. Sino para contribuir a la creación y el ahondamiento de estados de alma, de instancias hondas y sentidas de la conciencia pública como las que hoy necesita la superación de nuestro proceso histórico.

Cuando uno va a las oficinas del gobierno con alguna presunta novedad no consistente en otra cosa que en nuevas aplicaciones y variaciones de lo ya suficientemente conocido, y pide que le den una patente de invención, de allí lo despachan diciéndole que la ocurrencia carece de altura inventiva y que se encuentra "dentro del estado de la técnica". Yo sé bien que la gracia no está en repetir lo viejo con palabras nuevas, sino en poner en órbita en la ciencia ciudadana y en el tablero de sus grandes angustias, inéditas y trascendentales preocupaciones.

Pero resignémonos a reincidir en el diagnóstico, aunque, según se dice, esté el país sobrediagnosticado. Yo no comparto esa aseveración, ni soy enemigo de los diagnósticos, salvo en cuanto se los tome como pretexto para la inacción. Todas las revoluciones de la historia, las grandes y las pequeñas, las antiguas y las modernas, han debido su fuerza y su autenticidad a la penetración de sus raíces en el alma de la gente, a ese diagnóstico regado por campos y ciudades y que no termina solo cuando los grandes cambios sobrevienen por fin. La razón para que los diagnósticos se hagan no debe ser solamente el deseo de enriquecer la ciencia social o los bancos de datos, sino el estado de apremio a que ciertos problemas llevan a la opinión. No renunciemos, pues, a decir ciertas cosas, para continuar alimentando la curiosidad de los científicos sociales y la imaginación sociológica de los profanos.

I NUESTRA CLASE DIRIGENTE

Tal vez el catálogo de los diagnósticos colombianos no esté tan al día como a primera pareciera. Voy a citar a este respecto solamente tres temas íntimamente entrelazados todos de vital interés para el futuro del país. Me refiero a la clase dirigen frente al desarrollo, a los efectos más íntimos perturbadores de la violencia colombiana en la personalidad individual y colectiva y en la vida institucional y al porvenir de los grupos sociales como abanderados de una nueva democracia en Colombia.

En medio de sus actuales desventuras, Colombia es, sin embargo un país altamente promisorio. Después de Argentina, Brasil y México, ocupa tal vez, desde el punto de vista económico, el primer lugar en el Continente Latinoamericano. Hay un concepto nuevo en el medio internacional, para agregar a la vieja nomenclatura que clasifica a los países en subdesarrollados, en vías de desarrollo e industrializados: es el de "Nuevos Países Industrializados" más conocidos como Países N.I.C., que es la sigla intlesa que corresponde a su nombre. Según el modelo econométrico del Grupo Andino (llamado MEGA) para 1995 Colombia será a la luz de una serie compleja de importantes indicadores socio económicos, un Nuevo País Industrializado, y tendría posibilidad de llegar a serlo antes, en 1990 si no fuera por el sin

número de males que la aquejan, principalmente derivados de su agudo conflicto socio económico y político. No hablemos de la erradicación de estos graves y ya ancestrales problemas.

Digamos simplemente que cuando ellos entren, como será posible cuando haya una política por la vía de los tratamientos y las soluciones razonables, Colombia irá hacia la grandeza y la soluciones razonables, Colombia irá hacia la grandeza y la prosperidad que bien merece nuestro pueblo y que corresponde con justicia a la diversidad e importancia de nuestros recursos de todo orden. Nos espera indudablemente un gran futuro Pero es largo el camino que hasta aquí ya hemos recorrido.

El historiador Joaquín Tamayo hace entrar nuestro siglo XIX colombiano hasta aproximadamente el año de 1921, concretamente hacia la fecha de la renuncia presidencial de don Marco Fidel Suárez, hecho este que serviría, de mojón para indicar el momento en que quedo atrás el viejo espíritu romántico y trascendentalista de la pasada centuria y se echó por los conflictivos atajos de la modernización de la sociedad y del Estado. Pero quizás la línea divisoria de aguas más tajante e inequívoca en este proceso de corrientes históricas antes entreveradas, esté marcada por la inauguración de la década de los años treinta. Por esos días se dio comienzo al largo y complejo proceso de crecimiento económico desarrollo político y modernización social en que los sociólogos descomponen el concepto de transición global. Lo que hemos conseguido al cabo de los años y en medio de horrorosos dolores de parto es largo de contar y no es esta la oportunidad para relatarlo y describirlo Dejemos de lado todos los aspectos relacionados con el progreso económico e institucional del país y refirámonos apenas, escuetamente, a los factores que han contribuido a la generación, ampliación y mejoramiento de nuestra clase dirigente y de su equipo humano auxiliar: la educación en todos los niveles, el trabajo en la administración pública y en las empresas particulares, las crecientes posibilidades de adiestramiento, maduración y ascenso tanto en la gestión estatal como en la del mundo privado la proliferación de Colegios, Centros, Institutos y Universidades en los que se enseña cuanto es posible aprender, en una diversidad y riqueza de oferta impresionante, desde métodos y procedimientos para la calificación de mano de obra, hasta las más altas disciplinas de la técnica y el saber, en oficios y profesiones humildes o sofisticados, unidos a las oportunidades que ofrece, por la gran expansión de los sectores productivos, la demanda de servicios, y todo sobre la triple base de la necesidad de defensa económica deseo de ascenso social y pasión de mejoramiento personal...Todo ello ha hecho de nuestra clase dirigente y de su equipo, una de las más extensas, ricas en campos de trabajo, especialidades y subespecialidades, y mejor calificadas del Continente. Tiene ella además la inmensa virtud, de gran significación política futura, a mi juicio, de estar surtida con aportes y contingentes reclutados en los más variados estratos sociales y económicos de la comunidad. El aprovechamiento que Colombia

viene haciendo en todos los niveles de ocupación y en todos los campos de actividad, del tiempo, el talento y la superior condición moral de la mujer, es algo impar en países de nuestras mismas condiciones de desarrollo

Sobre la educación universitaria colombiana de las últimas décadas he sostenido siempre una tesis típicamente tercermundista, que quiere ser un atisbo de comprensión de factores socioeconómicos y de coyunturas históricas, más bien que la aceptación amargada de una fatalidad. Nuestra Universidad no puede aspirar a ser comparada con ninguna del mundo desarrollado; es una universidad para el subdesarrollo, para el desempleo, para la incultura general, para el estadio profundamente deprimido de nuestra cultura; para esos cuadros mirados en la estática de una fotografía, con el fin de incorporarlos a la secuencia en movimiento de nuestro proceso. Se ha pensado alguna vez cuánto ha hecho por Colombia y cuántos males le ha evitado, encauzando perdidas energías, este siempre regañado modelo de enseñanza? Es una universidad típica, que niega todos los patronos antes conocidos y se encamina exclusiva mente, en turnos rotatorios, en horas intermedias, en jornadas nocturnas, a "ilustrar" a nuestro pueblo, en el sentido histórico francés de la palabra, o sea a ayudar a saltar a nuestros padres, hermanos, hijos, mujeres, empleados, obreros también, amas de casa, a saltar las barreras que los mantienen alejados de cierto grado de cultura utilitaria y del mercado de trabajo, y, concretamente, de las oportunidades de ascenso a los niveles superiores de la vida económica y de la administración estatal y empresarial. Este fue un ingenioso mecanismo que la realidad del atraso impuso por sí sola, por encima de escrúpulos académicos, y es de esperar que se someta todos los días a más estrictas exigencias curriculares y disciplinarias a este tipo de enseñanza, como es de su vocación que la Institución universitaria, por su sola naturaleza, lo demande. Pero hoy las universidades a la medida de las necesidades de nuestra población llana, las carreras intermedias, las ramificaciones universitarias en toda la periferia nacional, han venido justificándose ampliamente y es una de las explicaciones de este florecimiento, tan colombiano, del talento criollo, calificado a su manera, como instrumento de permeación y vasocomunicación de la cultura, hasta el fondo de las familias, de las barriadas, hasta de las veredas campesinas, en los estratos bajo y medio-bajo de la población, que han encontrado una puerta democratizadora de las oportunidades y la han aprovechado de la mejor

Manera para incorporarse al circuito de la mejor economía y al tren de la cultura como lugar de cita con el porvenir de la nacionalidad.

Todo el proceso educativo y formativo de nuestra gente, desde la alfabetización, la educación no formal, la calificación de mano de obra, la enseñanza universitaria, hasta las súper especialidades más exigentes, tiene que ser vigorosamente apoyado por la sociedad. Qué papel grande está la educación llamada a desempeñar en nuestro futuro! ..Cada vez que se entra en

los diagnósticos, en vez de las exclamaciones elegíacas cabe preguntarse para dónde va Colombia, no ahora, no en el dos mil, sino en qué va a parar, qué va en los distintos órdenes a terminar siendo finalmente nuestra patria! y la educación tiene que llevarse adelante pensando precisamente en este interrogante, para mejorar sus respuestas.

Baste esta alusión a una vertiente muy fecunda de nuestra modernización y de nuestro desarrollo, y ello me excuse de intentar, siquiera, el balance de la buena vida nacional en estos sesenta o setenta años de la historia del país: en infraestructura física y equipamiento, en industrialización, comunicaciones, apropiación de tecnologías, explotación de nuestros recursos, superación institucional, progresiva incorporación de nuevos contingentes humanos a la vida política, insurgencia de nuevos grupos sociales, instauración de nuevos valores, nuevas costumbres, nuevos estilos de vida y nuevas organizaciones sociales, el auge de nuestra movilidad social y de nuestro proceso de urbanización. Hay que decir, además, que todo ello ha venido trayendo otros efectos en los que vale la pena detener un momento la mirada: el ahondamiento de la cultura política de nuestro pueblo, la formación de una importante opinión pública, silenciada pero no silenciosa, y la conciencia social que se expresa en la formación de asociaciones y movimientos sociales de decisiva importancia en el futuro del país.

Si, Es verdad. A todo esto ha contribuido decisivamente la clase dirigente nuestra. El natural empuje del país y sus ideales condiciones naturales y humanas, su gana, el impulso que lleva el proceso de nuestro desarrollo y de nuestra modernización, ha puesto la base, nos ha alejado de la sociedad tradicional y nos han ido llevando, mal que bien, a trancas y barrancas. A la sociedad moderna; y sería cosa endiablada adentrarse en la clarificación del problema de cuál es, exactamente, la cuota de autoría, contribución y mérito que corresponde a la plana directiva del país en este saldo de realizaciones. Pero hay de entrada que decir que la clase dirigente colombiana, la clase dirigente tradicional concretamente. Tiene méritos y grandes, y que así como se la fustiga y debe fustigársela, para que el país mejor se decante, por esto o aquello, porque aquí no hay. Ni debe reconocerse gente intocable, hay que decir también que su capacidad, su visión, su ambición han dado al país innegables e importantes realizaciones. Pero hay que ser en estas materias profundamente críticos.

Sí. Todos estos merecimientos son verdad y no sólo en los patriarcas y en los pioneros, colonizadores, los fundadores de industrias, los grandes creadores de riqueza. Pero hay que decir que Colombia necesita una clase dirigente nueva, nueva más que de visión que de años, que se deje más campo de acción en todos los órdenes de la vida nacional a los que tienen algo nuevo que decir,

qué sugerir, qué intentar, qué pase a la primera línea gente capaz de dejar atrás la cortedad de miras, la miopía, el egoísmo de clase, los cálculos excluyentes y esterilizan tes de rentabilidad personal y familiar. Y hay que agregar que nuestra clase dirigente tradicional ha trabajado por la prosperidad del país con un claro unilateralismo economicista y a través de su esfuerzo para proteger, fomentar y engrandecer su sector privado. Que ha faltado una honda y audaz visión futurista de primera instancia. Justificada en sí misma, más pública que privatística, en todo, en los negocios, en la política, en las tres ramas del poder, en la universidad, en las profesiones. No opongo aquí el concepto de sector privado al de público sino al sector social.

Nuestra clase dirigente le debe al país las grandes reformas, pues que todo el proceso de su modernización se ha llevado a cabo dejando intactas las estructuras fundamentales de la sociedad y del Estado. Si, como aseveran Gino Gennani, "la característica distintiva de la sociedad moderna reside en su permanente incorporación de mecanismos adecuados para originar y absorber un flujo de cambio continuo, manteniendo al mismo tiempo, un adecuado grado de integración", hay que convenir en que nuestra modernización es algo más a medias de lo que ya en sí sola pareciera, y más a medias aún el tipo de personalidad representativa moderna de nuestra clase dirigente. Esta clase está en Colombia por estudiar, pero uno de los aspectos por los cuales se debiera empezar dicho estudio sería, en términos de capacidad de contribución al desarrollo nacional, el de los componentes de la modernidad individual, como el que para ciertos sectores del país llevaron a cabo hacia 1978 los sociólogos colombianos Eduardo Vélez, Rodrigo Losada y Mauricio Solaún. No sólo por miedo al fantasma de la total anarquía sino, básicamente, en homenaje a grandes sentimientos de justicia, pero aún por razones de mero pragmatismo, debería ponerse a este país a andar sobre un paralelogramo de fuerzas razonable y lógicamente ordenado. Es posible que la guerrilla, aún en el grado de deterioro moral y político en que se encuentra, dure todavía bastante tiempo, y con las reformas no se la disolverá porque lo que ella quiere es todo el poder y no va a contentarse con menos; pero, ya en sí misma considerada, la racionalidad y la marcha ordenada y productiva de la Nación exigen grandes cambios. Se necesita un nuevo criterio de dirigencia. No son buenas las reformas que se adelantan gruñendo y refunfuñando, porque del regateo lo que queda son criaturas informes. La más amplia generosidad, el más abierto sentido de desprendimiento debería presidir la revisión de las grandes estructuras colombianas. Nuestro desarrollo ha tenido más de crecimiento asimétrico e inarmónico que de orgánico e integral proceso de la vida social.

Pero, y aquí está el quid del asunto. ..Pero un cambio de actitud supone un cambio de mentalidad, de concepción de la sociedad y del Estado. Un auténtico nuevo dirigente no puede ser sino el producto de una filosofía verdaderamente nueva de la vida social, con otra visión sobre el contenido

eminentemente social de la economía y el carácter de acervo social que hay que entender como carga aneja a todo patrimonio, en la proporción y medida de su garantía, en cuanto él tiene de depósito final de las energías personales, sí, pero también de las oportunidades y recursos de la vida en comunidad. Así debe empezar a entenderlo la dirigencia social y económica de avanzada y también la dirigencia política, que no está en su puesto para defender los intereses particulares de nadie, sino para cuidar lo que Harvey Wheeler llama " la función arquitectónica de la política" Porque una cosa era la clase dirigente de la Colonia, 'otra la de la República señorial que siguió a las gestas de independencia y otra aún distinta la de la República burguesa de comienzos del siglo XX. Ni qué decir de! tal distinto papel y responsabilidad que hoy le corresponden, en el revuelto panorama socio- político y tecnológico de nuestros días. Ya el viejo paternalismo, ya la amable y aldeana resignación de los tiempos de los peones y los arrieros es cosa del pasado. No es ya la frugal pero humana pobreza de la Edad Media sino la miseria del siglo XXI la que nos acosa. Pero es allí, en la Colombia del mañana más cercano, con un concepto nuevo y justicieramente distributivo del desarrollo bien entendido, es allí donde el nuevo empresario, la nueva clase dirigente deberán moverse y llevar adelante su trabajo. La personalidad auténticamente moderna que debe estar, ojalá se esté fraguando ya, entre ustedes, no lo dudo, a la sombra de nuestro maravilloso talento nacional, lo que da la tierra, tendrá que terminar rechazando, como racionalmente inadmisibles, el cuadro de las inflexibles estructuras sociales y económicas fundamentales que hoy se gobiernan. Yo sé que las implicaciones políticas principales de las labores de dirigencia se dan básicamente en el más alto nivel, el de la máxima dirigencia privada y sus permanentes entronques, relaciones e influencias con y sobre la alta dirigencia política, que, en el fondo, compone con ella un solo todo. Pero atribuyo una gran importancia a la presencia en los niveles de dirección y asesoría, de los ejecutivos que, sin ser ellos mismos los dueños del país, asisten a la toma de decisiones y asesoran la formación de posiciones y conceptos altamente determinantes de los rumbos de la vida nacional. Ellos, ustedes, tienen grandes compromisos en el bien común.

Podría decirse que tres son los grandes planos de reformas que más urgentemente reclama el país. Muchos son en el total de muertos, las víctimas del anti reformismo y del vacío de re. Formas en los distintos lugares del país. Los Papas lo dijeron con un lenguaje llameante, llameante tanto por su claridad como por su poder de termocauterío. En su encuentro con los sectores dirigentes en Bogotá, el 2 de Julio de 1986, en la Casa de Nariño, Juan Pablo II dijo lo siguiente: ..En estas circunstancias vienen a mi mente las palabras de mi predecesor, el Papa Pablo VI, pronunciadas durante su inolvidable visita a esta misma capital: "percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea. Y no olvidéis que ciertas crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones si las

reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación". Y agrega, para rematar, Juan Pablo II: "Sin duda que habréis reflexionado en ocasiones sobre esta llamada profética.

El régimen de la tenencia de la tierra en el campo está en el epicentro del desorden público colombiano desde los primeros estallidos de la violencia política de partido. De los comienzos de la efervescencia guerrillera llevamos ya, aunque con cambiantes modalidades, cerca de cuarenta años. Pues ocurrió que la reforma social agraria que introdujo, con buenos avances en la materia, la ley 135 de 1961 a instancias del Ex presidente Doctor Lleras Restrepo modificada luego por la ley 1 a. de 1968, fue prácticamente desactivada en 1973, como consecuencia del acuerdo de Chicoral, cuyos compromisos recogió la ley 4a. de ese año. Con tales resultados, que mientras entre 1962 y 1973 fueron incorporadas al Fondo Nacional Agrario 722.836 hectáreas, en los once años siguientes, o sea entre 1973 y 1984, apenas se incorporaron 179.231; lo que significa que del total de tierras incorporadas en el total de dicho lapso, entre 1962 y 1984, el 83 % lo fueron en los primeros once años, mientras que en los once siguientes sólo se incorporó el 17 %, para un total, en 22 años de funcionamiento de los planes de reforma agraria, de 35.000 familias campesinas beneficiadas, o sea el 4 % del total de la población rural necesitada. Pero la última reforma tampoco va a resolver el problema, la de la ley 30 de 1988. La izquierda dijo de ella y con razón, que deja intacta la gran propiedad agraria, y voces eminentes del partido de gobierno expresaron, desde cuando se debatía el respectivo proyecto, que en esencia es una compra de tierras prácticamente al contado: con plazos cortos y buenos intereses. Está claro que nuestra clase política carece de toda voluntad de hacer una verdadera reforma, en este o en otros campos, pues en materias fundamentales ella funciona virtualmente como sistema de partido único, con grandes coincidencias.

Al lado de los temas agrarios están las otras dos grandes reformas que el país, gústenos o no, reclama: la de la tenencia del suelo urbano y la de las normas, controles y políticas tendientes a frenar la excesiva concentración de la propiedad y del ingreso, sobre lo cual la información que normalmente se posee me excusa de traer cifras a cuento, pero que en todo caso es el producto obvio de la falta de un modelo redistributivo de nuestra política y de nuestra economía. Todo ello explica que la lucha por la tierra lleve en Colombia, en el solo marco de la legislación, más de cincuenta años, desde la famosa ley 200 de 1936 que, lo mismo que el enunciado sobre la función social de la propiedad en la reforma constitucional de dicho año, se quedó en el papel. Es que nuestra clase dirigente tradicional, no ha terminado todavía de doblar en el calendario la hoja del primer medio siglo XX colombiano, o sea que en gran parte vive todavía en el siglo XIX, en las anterioridades a la renuncia del

señor Suárez. Cuando hablo de clase dirigente tradicional, no me estoy refiriendo a personas ni aún a generaciones, sino a valores y patrones de conducta. Pero puede afirmarse que sobre muchas cabezas, la marejada espesa y amarga de estos cuarenta años de violencia y los palos y raíces con que ella todavía nos golpea, han pasado en vano.

Es obvio que el sismo de desconocida, duración e intensidad que padecemos desde la década de los cuarenta lo ha cambiado casi todo. Se le sumó un diluvio universal de asfixiantes porciones, a saber: la revolución de las comunicaciones, por obra de la cual vamos quedando en la calle, a la intemperie, amenazados de perder nuestra identidad histórica, cultural y espiritual. Digo que entre uno y otro, el conflicto interno y la avalancha internacional, nos dejaron sin saber a ciencia cierta quiénes somos y cuál es nuestro domicilio. Es la crisis tremenda de nuestra identidad. Esta nuestra es desde entonces una sociedad desarraigada, y la que vivimos es la hora y la cultura del desarraigo. Desarraigo físico y mental, no necesariamente nuestro personal, el de personas como nosotros, pero sí el de nuestro pueblo, echado a la jura como una baraja en desorden, a los cuatro vientos de la violencia y de las corrientes migratorias campesinas e interurbanas. Por obra de la revolución urbana y de la revolución de las comunicaciones y como secuela de la larga violencia, hoy estamos, seguimos estando, como el campesino que ha perdido su suelo y anda, raíces al aire, buscando acomodo, con pié inseguro, sin decidimos a nada, sin saber nada a ciencia cierta: en ideas, en instituciones, en rumbos de futura, en materia de reformas, de ideología para amortiguar y absorber las oleadas del cambio nacional. Pero empieza a clarear para muchos por los lados de ciertos promontorios de la realidad: y esa claridad nos indica, nos muestra cada día con mayor certidumbre, que este es definitivamente otro ámbito histórico. No hay que alarmarse. Estas no son cosas de radicalismos, izquierdas o emotividades. También el marxismo, el freudismo, existencialismo, empezaron siendo heterodoxia, y ya todos reconocemos en la cultura general de cualquier persona bien informada, lecciones en ellos aprendidas y que han sido asimiladas por la civilización y el pensamiento moderno.

Hablando concretamente de lo que con todo ello aconteció a la clase dirigente tradicional, yo diría que esta época aciaga de nuestra historia marcó el comienzo de su proceso acelerado de descomposición. Lo denotan así síntomas como la actitud, por lo menos equívoca, de la clase dirigente frente al fenómeno de la violencia de partido, su crónica inadaptación a la nueva historia y a sus punzantes realidades, la baja frecuentemente advertida en la moral los negocios, el buen recibo de ciertas prácticas desinhibidas y corruptoras de las compañías multinacionales, la alta cota marcada en el plano de la corrupción administrativa, asomo de codicia y egoísmo y la persistencia

en altas tasas de rentabilidad en perjuicio de la economía de la redistribución: y en la clase política, su desentendimiento en relación con los problemas capitales del país y su alegre manejo parlamentario y electoral. El frente nacional fue, además de un gran mea culpa, una confesión espontánea de fracaso total de los viejos esquemas nacionales, La clase dirigente tradicional entró así en menguante, perdió su íntima seguridad y unidad, como también su capacidad de convocatoria y se quedó privada de autoridad moral para seguir tocando con buena audiencia el bando municipal. Lo que viene , ocurriendo con las bochornosas quiebras financieras es apenas la coronación de un proceso degenerativo llevado a sus últimas consecuencias por gentes ya desembozadas, y no hubiera sido posible moralmente si no fuera que para ello, para trepar a este vértice de corrupción, se contó con la escalera de escombros que ya se había en todos los órdenes venido acumulando. Ocurre en todos estos órdenes que lo que empieza Como hipocresía termina como cinismo. Pasar de la economía de producción de bienes y riqueza a la especulación financiera, fue algo que no resistieron ni España, ni Brasil, ni Argentina, ni Chile: y aquí sí que estamos moralmente, o sea inmoralmemente adiestrados para ello, renegándose así injustamente de otros tiempos, de otros buenos líderes, y de sus innegables virtudes públicas y privadas.

Y qué decir de otras lacras, el contubernio de ciertos políticos y dirigentes privados con el narcotráfico, por ejemplo? Colombia esperó a que, tras largos años de paciente labor y aplicando a este comercio la misma argucia y tesón que a la clásica empresa antioqueña aplicaron los grandes pioneros, el narcotráfico se hubiera hecho prácticamente imbatible, para atacarlo con fórmulas y procedimientos insensatos, cuya aplicación ha bañado en sangres al país y la más alta gradería de la organización del Estado. Ajeno por completo a esta curiosa manera de hacer la historia al revés, en otros días y desde despachos oficiales autorizados para ello con plena independencia constitucional, y en defensa de Colombia, no de ningún imperio extranjero, unos cuantos colombianos abogamos por la solución sensata del problema. Pero de los resultados no hablemos, porque son de todos conocidos.

II LA VIOLENCIA COLOMBIANA

Quiero hacer ahora una referencia a la violencia y al proceso que ella desencadenó, como fuerza profundamente perturbadora de la personalidad y de la vida nacional y a su capacidad configuradora de algunos de los más sobresalientes entre los nuevos rasgos de la fisonomía nacional. Ello tiene indudable relación y mucho poder esclarecedor sobre los temas que a ustedes interesan y de que nos venimos ocupando.

La violencia y su proceso consiguiente, que seguimos viviendo introdujeron un ambiente de ilegitimidad y de inmoralidad. El nivel promedio de moralidad y legalidad ambiente Marca el límite o alcance de los controles sociales que son más importantes que los legales, porque sin ellos los legales pierden eficacia. Es así como en una sociedad buena es más azarosa la práctica del vicio, mientras que en una sociedad mala es más arduo el ejercicio de la virtud.

La violencia y su proceso consiguiente aflojaron, cuando no anularon, los controles sociales, tanto que puede decirse que sin ella, la corrupción no habría hecho tantos estragos. No sólo amedrentó a los ciudadanos sino que, en general, enseñó una cosa excesiva a los colombianos: quedarse en sus asuntos, no exponerse al precio que de pronto tiene que pagar quien asoma sus narices indiscretamente por la ventana.. Es indudable que la vigilancia pública, una vigilancia eficaz sobre las conductas individuales y colectivas, decayó y que así, asegurada la mirada neutra del testigo, se socoló el campo, para dejarlo libre a los corruptos.

Desterró de nuestro pueblo la ética del trabajo, con el poder que los grandes cataclismos tienen de poner en claro que se está solo, que pueden sobrevenir nuevos hechos inesperados, que es oportuno en un ambiente de demoliciones hacer algo heroico por su suerte. Ya no se confía en el esfuerzo sucesivo y paciente, en el poder lentamente acumulativo del tiempo y de lo que sólo en el tiempo se da.

Rompió la comunidad aldeana y nos hizo perder respeto por la persona humana: no hablo del respeto obviamente perdido por la vida y la integridad sino del respeto por el ser moral, que a nuestros ojos perdió entidad, nobleza, esencial merecimiento. No fue ese el monstruo que vimos dedicado a la atrocidad y a la se vicia ?

Disminuyó nuestro sentido humano y los sentimientos que le son propios. Los historiadores de la filosofía cuentan que en Grecia lo que nosotros llamamos virtud era designado allí con un término (are té) desligado de toda connotación moral y que se refería más al concepto de profesionalismo o eficacia. Había la Virtud del carpintero, del soldado, del marinero. Y así se consideraba que existía una virtud que explicara la excelencia humana, la función del hombre como tal. Esos atributos, esos que pudiéramos llamar los deberes humanos sufrieron mengua entre nosotros en el fondo de nuestra personalidad: la piedad, la solidaridad.

La violencia estimuló las tendencias autoritarias. El síndrome del autoritarismo y una finamente diluida proclividad totalitaria están siempre presentes en toda formulación de terapias y soluciones entre nosotros.

Al calor del permanente conflicto, erosionó el poder civil, cuyos girones fueron cayendo y siendo recogidos en el campo militar. Que el poder civil vuelva a mandar es un imperativo nacional inaplazable; que se ponga fin al régimen de supralegalidad y a la segunda constitución que de él forma parte.

La vida nación se infestó de un dogmatismo irrespirable, de maniqueísmo, de ortodoxias mil al uso para todo en el lado oficial. Este falso uniformismo no ha contado con el control de un auténtico espíritu liberal. El espíritu liberal se mustió y alejó de todos nuestros partidos, el liberal en primer lugar. Ya no se rinde culto a la tolerancia, a la diversidad humana; se perdió el gusto sincero por el disenso, por todas las formas del pluralismo.

La democracia se hizo sospechosa y temible. Se abrió cauce anchuroso a todas las manifestaciones del macartismo. Sistema, establecimiento y gobierno repudian instintivamente y como por reflejo todo cuestionamiento. Y una cosa gravísima: bajo el virtual sistema de partido único, puede decirse que no se renunció a la violencia que antes fue deporte partidista, sino que se le transfirió al exterior del bipartidismo, contra los opositores de todos los matices, al sistema, al establecimiento o al gobierno. Los únicos beneficiarios de las violaciones de los derechos humanos no son los dos partidos históricos? No se las ha desatado hasta eliminar al nuevo partido? 1.8 clase política colombiana ha demostrado entender la importancia política de los derechos humanos. En Colombia, en Latinoamérica y, en general, en el tercer mundo, como la más importante bandera para defender el derecho de los inconformes a una nueva democracia? No. Los jefes aquí se distanciaron de sus masas. De ahí que sólo cuenten electoralmente con las redes del cacicazgo en que el infecundo voto colombiano se encuentra atrapado. La defensa de los derechos

humanos encuentra en Colombia un grave escollo: no pasa de la docena el número de familias que en Colombia controla toda la información.

Desde luego que la violencia marginó toda disputa con sabor a ideología y marginando por vitando y peligroso el tema propiamente político, redujo la vida de la política y del Estado a una empresa de desarrollo, desde luego que en su aceptación no distributiva sino de crecimiento. De allí que se hubiera instalado a su sombra la creencia de que el Estado y la política son exclusivamente administración, gerencia, no menos que la empresa privada. Que de raro hay que en Colombia hayan tenido tal florecimiento en estas décadas las ciencias y las artes administrativas! La administración es lo prestigioso la política lo sospechoso.

Así las cosas, es apenas natural y obvio que la voluntad política falte, es más, que se excluya como impertinente, cuando se cree que los que deben hablar son los estudios de factibilidad. En los escritorios de los burócratas y tecnócratas se enredan las decisiones que la política deberían impulsar y desencadenar. El caso que ya cité, de la reforma agraria es más que claro para ilustrar estos aciertos.

La violencia hizo imposible la orientación del desarrollo básicamente hacia la expansión económica y el equipamiento físico, al cerrar, en aras de la pacificación, todo debate ideológico para cargar el acento solamente en lo políticamente neutro, en lo demás, el macro desarrollo sin obsesión redistributiva. Cosa gravísima, en una época de profundas transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales.

En qué queda la política cuando se la deshidrata hasta el punto, sino en mera hacienda pública, en finanzas públicas, en la partida doble de la contabilidad? La política colombiana perdió el gusto y vocación de los grandes temas de la vida nacional. Tanto, que a la hora de las reformas, se le sale al país con un trabajo de técnica digno de un seminario de juristas, cuando el país esperaba una reforma de verdad. Pero es que un reformador no se hace por carrera administrativa. Para qué se le proponen al país tantas reformas totalmente innecesarias en materia de derechos humanos? Acaso como hoja de parra para ocultar la falta de una política de defensa de los derechos humanos que el gobierno podría imponer sin reformar nada, sino apenas reformándose a sí mismo? Pero es que, además, se quiere ocultar con un proyecto de reforma constitucional INANE que los más urgentes problemas del país se pueden resolver con Reformas de tipo simplemente Legal.

Y así, la clase política se ha vuelto según dice sin sentido de misión, relativamente improductiva, mediatizada por las grandes jefaturas, útil solamente para la pelea electoral pero sin grandes responsabilidades frente al país, melancólicamente resignada a la disciplina de unos partidos que no han logrado organizarse como equipos permanentes de trabajo.

La política nuestra se almibaró en esos años, subrepticamente evadió al núcleo central de los grandes asuntos para ir a contentarse con ser un arte de combinación y componenda, no de solución de problemas sino de arbitraje entre personas e instituciones. Esta degradación de la política es un verdadero azote de nuestro tiempo colombiano.

Y los partidos? Dentro del criterio de "El desarrollo primero, la política al servicio del desarrollo y no el desarrollo a órdenes de la alta política", los partidos han parado sin saberlo en meras cajas de resonancia de los gremios empresariales económicamente organizados, que son los que dominan el criterio de factibilidad y conveniencia, tecnocrático y cuantitativo, sin un bien entendido concepto de desarrollo. Así la política ha perdido peso determinante y sin ella, partidos y gobierno no tienen más que preguntarse, sin voluntad política, por las estadísticas.

III MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA NUEVA DEMOCRACIA

Pero ya es hora de que entremos en el último de los tres temas que enuncié en un comienzo.

A esta, que es una sociedad profundamente desequilibrada, le está saliendo al camino una poderosa palanca de reordenamiento. Con ella, el País se encamina hacia un concepto nuevo de la democracia en Colombia. Se trata del sector social, de los movimientos sociales, sin los cuales el cuadro general de la situación resultaría inactual, totalmente extemporáneo. El poder sindical, con más de un millón de afiliados, la acción comunal, con más de seis millones la organización cooperativa, las organizaciones de usuarios campesinos, los indígenas, los movimientos cívicos, los movimientos regionales, las mujeres, todos estos grupos humanos están concientizados de la necesidad de entrar a tomar parte en el proceso de las grandes decisiones nacionales. No hay que dudarlo! Hubo un tiempo, largo por cierto, en que los partidos políticos dominaron las organizaciones profesionales de trabajadores. Pero ellos ya perdieron el control, irrecuperablemente. El sector social es independiente y autónomo. Se debate buscando una unidad, una estructura de organización, unos canales de acción y de comunicación. Pero todas las diferencias que ideológicamente los separan pueden ser aplazadas, porque corresponden a un segundo momento de su irrupción. Esas diferencias ahora no vienen a nada. La unidad es un simple problema de infancia, de primera edad. Electoralmente hablando, estaría bien decir que no es de insolvencia sino de simple iliquidez su problema electoral. No hay todavía cómo recoger esa inmensa cosecha, con la cual sus promotores quieren expugnar todos los baluartes que se opongan a la extirpación de estos dos males mayores de la nacionalidad: los privilegios insultantes y las disparidades regionales.

Se cuentan por docenas los centros que tales movimientos tienen para la investigación social, la divulgación, la educación, el adiestramiento. Los congresos, foros, simposios, y mesas redondas que diariamente y en todo el país, de uno a otro extremo, de una a otra región, realizan, son numerosísimos. Ellos deberían ser noticia, si la prensa tuviera, como lo merecen y el país lo necesita, una sección permanente y especial para ellos. El grado de cultura política que hay en estos medios, la fuerza germinal de sus sentimientos, es un espectáculo recóndito, de catacumba, de la vida nacional. No hay allí fanatismos, extremismos, radicalizaciones con poder de nota dominante. El número y calidad de sus líderes es sorprendente. Trabajan sin prisa pero sin pausa, con una gran fe, con una gran seguridad en el futuro. Y una cosa importante: hay mucho talento allí, mucho aplomo e inteligencia.

Lo cito aquí por una doble razón: va habiendo allí toda una nueva clase dirigente, una clase dirigente propia, que antes no la hubo, porque ella era apenas un parlante de la gran dirigencia nacional, o, como quien dice, una subdirectiva. Y, además, porque, como ya lo afirmaba anteriormente, se trata de un nuevo proyecto, el nuevo gran proyecto de democracia colombiana. Estas fuerzas están llamadas a jugar un gran papel, un papel decisivo, en la vida nacional del futuro. Ellas son una expresión de la descentralización o desconcentración del poder, ese nuevo signo capital de la civilización y de la cultura de nuestro tiempo: la participación o sea el desarrollo político real. Que allí donde hay o se origina alguna cuota de poder, haya'

La correlativa participación. Porque, reflexionémoslo despacio, ya el país no quiere seguir sintiéndose propiedad privada, tienda de esquina o granja familiar de unos pocos dueños. Yo no sé de ningún país de condiciones histórico-políticas análogas a la nuestra, en donde se esté dando un empinamiento de la sociedad de base, tan unánime y copioso como el nuestro. Esta empresa tiene proporciones y proyecciones mayores de las que es dable imaginarse por la sola lectura de la prensa diaria. La prensa colombiana no le ha dado a la opinión elementos para dimensionar adecuadamente este fenómeno apasionante. Lo que ellos se proponen es un reto singular: lo enunciare tomando en préstamo palabras del gran economista sueco Gunnar Myrdal: se trata de la operación gigantesca de reflatamiento de la Colombia sumergida. Dicho así, seriamente, a sabiendas de todos los escollos y limitaciones de un empeño de esta naturaleza, pero dicho de verdad. Para que el diálogo que en sí mismo es y debe ser, deje de ser el falso monólogo a que por largo tiempo hemos venido condenados. Que habla aquí por la gente llana, quién implora por la democracia de la calle, la más rica de todas, quién puede quejarse por los continuos atropellos que le ocurren a los de ruana? ... Es importante que en la política y la administración del nuevo país, grande y futurista, que va siendo Colombia, se escuche con respeto a este interlocutor que empieza a pedir la palabra. Que se empiece a escuchar al otro, que se empiecen a debatir los otros temas, que se empiecen a encarar las otras opciones. Cada día que pasa va teniendo menos sentido la pretensión que en ciertos sectores se palpa de desconocer la personería y de regatear y mezquinar la capacidad negociadora de los movimientos sociales.

Inevitablemente como todo ello es, será al mismo tiempo menos traumático si al frente , de la Nación hay una gran clase dirigente digna de este país de mayorías, perspicaz, imaginativa, abnegada: valiente, equitativa. Y, sobre todo, paradigmática, o sea: digna de ser imitada, con conciencia de su misión educativa, con sentido de pedagogía. Recordemos lo que Peter Waldmann; profesor alemán de la Universidad de Ausburgo y experto en problemas de violencia y paz en América Latina! escribió sobre la pérdida de prestigio de la alta clase tradicional argentina, en su libro: "El Peronismo, 1943-1955": Esta

clase "habría representado de una manera visible para la población en general los valores y orientaciones de conducta nacionales. Pero se cuestionó a sí misma cuando cambió su naturaleza de elite en oligarquía" y no olvidemos que dar una oportunidad democratizadora a toda la Nación es ya un imperativo de simple ética social. Yo tengo una fe invencible en el futuro de la democracia colombiana; pero de la democracia nueva, de la democracia auténtica.

En parte por la masificación de ese producto aún informe que llamamos nuestra cultura y en parte por la avalancha que nos asfixia, hemos perdido, se ha ido perdiendo la noción, el aprecio, el concepto de la importancia de la individualidad humana, ahogada en los horrores de música disco de los partidos, los gremios, las instituciones, las montoneras de esto, lo otro y de mas allá Que Colombia caiga en cuenta de este mal y no siga por ese camino. El flujo y reflujo de la vida espiritual de una Nación no son solamente sus masas, las instituciones, las organizaciones anónimas, que la representan, sí, pero sólo en parte: las conciencias individuales, los hombres representativos son la vida íntima de un país, con su soledad en el espíritu y su rosa de los vientos. Cuando el perfil de un hombre dibuja sobre el horizonte, así sea momentáneamente, la silueta de su país y la encarna, hay que relevar sus rasgos ante la comunidad, y no fundamentalmente para enzarzarlo sino para que su ademán no se pierda y para que la cátedra de su comportamiento no ruede en el vacío. Sin individuos que piensan, sienten, crean, rabian también y vociferan, así sea sin auditorio, para elevarse por sobre el nivel de sus semejantes y anticiparse en ideas y actitudes, el discurrir de un país no pasa de ser un simple trote animalesco. Ellos son su vida interior, el laboratorio de su alma y de su espíritu. Aquí mismo, en Medellín están pintados en los muros de los edificios públicos muchos aleccionadores ejemplos. El fresquista Pedro Nel Gómez, aliado del peón raso de las grandes migraciones y del obrero de overol en las primeras factorías antioqueñas, pintó en las oficinas del Estado al que había construido una represa eléctrica, tendido: una red de ferrocarril, abierta una futura gran industria, propuesto un importante proyecto de ley. Esa es nuestra historia, eso somos nosotros, parecía decir. La memoria colectiva es un importante elemento del alma del pueblo, de su proceso de identidad, yesos rostros, esos nombres no se pueden olvidar. Hay que rendirles culto porque ellos son la encarnación viva y concreta de la patria. Para merecer el agradecimiento público no es necesario haber escrito una Ilíada o descubierto un continente.

No podía terminar sin hacer esta evocación, que merecen tantos que fueron superiores a cuanto se critica y se criticará de su generación y de su época. Lo importante es que en el futuro sea su ejemplo y no el del rebaño de los adocenados. El que se siga en las cosas que conciernen a la suerte de la comunidad.

